

MARTÍNEZ DE LA ROSA, Francisco, *Libro de los niños*  
Imprenta de la Compañía Tipográfica, Madrid, 1839.

**ISAAC.**





Muy aflijido va subiendo por el monte *Mória* aquel anciano, abrumado con el peso de los años, y aun mas todavía con el de alguna grave desventura. Lástima da verle, respirando trabajosamente, y conteniendo las lágrimas que quieren brotar de sus ojos.

No así aquel mancebo, que tranquilo le va siguiendo por la cuesta arriba; llevando un hacesillo de leña sobre los hombros, y mirando de cuando en cuando al anciano, como pendiente de su voluntad.

Mas yendo ya á mitad de la cuesta, se vuelve respetuoso y le dice: "¡Sá-

beis lo que advierto, padre mio ? que nos falta lo principal : la víctima para el sacrificio.”

A lo cual contestó meramente el anciano: “Sigue, hijo , sigue ; que Dios proveerá!” —No replicó el mancebo, ni volvió á despegar los labios; tanta era la veneracion que á su padre tenia : y cuando hubieron llegado á la cumbre del monte , le vió silencioso reunir piedras para formar un ara , y aun le ayudó con sus propias manos , colocando encima el hacesillo de leña , para consumar el sacrificio. “Tú eres , hijo, la víctima designada por Dios.” Esto dijo el anciano , arrancándosele el alma al pronunciar aquellas palabras ; pero sin dar señales de su pena , por no aflijir á su hijo, que escuchó el man-

dato divino con piadosa resignacion, diciendo con tono sumiso : “Cúmplase la voluntad de Dios.” Y sin vacilar siquiera , se encaminó él propio al ara , hincóse de rodillas, y presentando á su padre las manos para que se las atase , inclinó la cabeza, como para recibir el golpe mortal.

Ya tenia el anciano alzada la cuchilla , y se disponia á descargarla sobre el cuello de su único hijo , objeto de tantas esperanzas , cuando se apareció entre las nubes un Angel del Cielo, y dijo de esta suerte al aflijido padre : “ Deten el brazo , Abraham, no mates á tu hijo Isaac; que Dios se dá por satisfecho con tu fé y obediencia.”

Cayó en tierra el buen viejo , bañado el rostro en lágrimas , y deshe-

cho el corazon en agradecimiento y amor al Dios de sus mayores; y abrazando á su hijo , como si le hubiese visto ya muerto y lé hallase resucitado , divisó allí cerca un cordero, mas blanco que la nieve, que se habia enredado en unos zarzales; y llevándolo entre los dos al ara , celebraron el sacrificio , y subió el humo ondeando por los aires , bajando como un abundante rocio la bendicion del Cielo.

Sus promesas no podian faltar : de la tribu de Abraham y de Jacob habia de nacer el Hijo de Dios.

